

CÁPSULA ABRIL 2016

Misericordia – lo que une a Dios y al hombre



ALIANZA DE AMOR CON EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

“Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia” Col. 3,12.

El Papa Francisco en este Jubileo nos llama a todos a vivir la experiencia de entrar en la entraña de nuestro Dios para poder ser en medio del mundo y de la Iglesia signos vivos de su misericordia.

Nos dice en la “Misericordiae vultus”:

“Misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad.

Misericordia es el acto último y supremo con el cual Dios viene a nuestro encuentro.

Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida.

Misericordia es la vía que une a Dios y al hombre, porque abre el corazón a la esperanza de ser amados no obstante el límite de nuestro pecado.” (cfr. MV, 2)

Lo primero que necesitamos si queremos ser signos vivos de misericordia es encontrarnos con ella, experimentarla en nuestra propia vida, entrar en su misterio y sentirnos entrañablemente acogidos en su regazo de Madre-Padre.

A ello nos invita Conchita:

“¡Cuánto amo a la Trinidad adorable, aun cuando yo soy basura, aunque nada valgo, aunque nada soy! ¡Oh y qué inmensidad de Poder, de Sabiduría, de Bondad, de Amor... de su caridad inconmensurable para con el hombre! Me parece, que todas mis miserias y tantas, y tan grandes, desaparecen y se hunden en el océano de su infinita misericordia”.

Esa Trinidad Beatísima, [que es] infinita riqueza y plenitud, busca y ama la indigencia y la miseria; ¿por qué? por su Bondad, por su Misericordia, por la divina inclinación de su Corazón.

¡Ah Señor, ten compasión de mí! Que si Tú no me das, nada tengo... si Tú no me levantas, me caigo... si Tú no me llenas, me quedo vacía... y sólo con miserias mil!

Pienso que lo único que atrae a Dios hacia nosotros, son nuestras miserias, porque son lo único nuestro, porque son el vacío, el hueco en el que se derrama el océano de su Bondad.

Cojo mis miserias, me gozo en ellas, y se las ofrezco a Jesús para que las envuelva en su misericordia y se luzca conmigo, perdonándome.

A partir de la experiencia de sentirnos envueltos en la entrañable misericordia de Dios, no podemos menos que practicarla y anunciarla, es decir, no podemos dejar de conmovernos ante los sufrimientos y necesidades ajenos, como Dios se conmueve ante los nuestros y trata de socorrerlos.

Mons. Luis Ma. Martínez le aconseja a Conchita:

Si sigue a Jesús en sus dolores, sígalo también en su conducta. Él no abandona a quienes no le reciben, sino que con divina paciencia los soporta, y con increíble misericordia los llama, los busca, les hace bien a pesar de sus ingratitudes. Así debe obrar usted.

Hacer el bien a los que nos desprecian, buscar a los ingratos, etc., no es indignidad sino misericordia que nos hace semejantes al Padre celestial que hace salir el sol sobre los justos y sobre los injustos y derrama la lluvia sobre los buenos y sobre los malos.

Asimilación.

1. ¿Cómo es nuestra conducta de misericordia?
2. ¿Qué tanto somos conscientes de nuestra propia miseria?
3. ¿Presento mis debilidades como ofrenda a Jesús para que las envuelva en su misericordia?
4. Con esta reflexión sobre nuestra propia miseria y el grande amor del Padre, hagamos un compromiso personal para transformar nuestro corazón en uno manso y humilde como el de Jesús.

Oración final

Señor danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado.

Ayúdanos a mostrarnos siempre disponibles ante quien se siente solo y deprimido.

Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo de seguir esperando. Amén.¹ ♥

¹ Plegaria Eucarística V/b